

Yo, señor, le llamé por conocerle sensitivo y captador telepático. Necesito de una persona en la Tierra para conversar. Si bien me es fácil leer las mentes de los humanos, me es difícil hablarles. Pocos son sensibles...”

Después hablaron sentados en el borde del camino como amigos de siempre.

Hoy es el día, que el señor Sinod conversa con el buen habitante de Urin. ¡Telepáticamente!

---

los que posamos sobre los árboles del Guadarrama, que ustedes observan aplastados en su follaje por momentos, y vueltos a su estado normal en otros. Igual bajamos sobre los techos de la Iglesia de San Antón, en Bilbao, y sobre el arenal.

En el Himalaya, como piensan ustedes, nos llegamos, sí, y periódicamente para cambiar vigía, al que ustedes llaman 'Yeti'. Nos llegamos igualmente al sur argentino, de donde alzamos algas para cultivar

y alimentar a los nuestros y para dar con ellos [sic] oxígeno a planetas nuevos en evolución.

También bajamos en platos anfibios para recorrer cultivos y alzar elementos fosfóricos.

La piedra que ustedes tienen, alcanzada por San Martín, es auténtica de Venus, y los jeroglíficos corresponden, como bien dicen ustedes, a la civilización Maya, porque

esa civilización es venusina.

Causa ésta, que fue, allá, costumbre adorar al sol, por pensar que los 'platillos nuestros' bajaban desde aquel astro de fuego, trayéndoles el 'fuego divino' y la buena inspiración."

—Señor Telépata, haga usted el favor del envío de este mensaje al señor Fernando Lesma, a Madrid, Café Lyon. Gracias. Y hasta la vez que llegue.

Al día siguiente, temiendo y dudando de la semejante dirección, preferí enviarla a una gran amiga residente en Madrid, la pintora Victorina Durán, que vivió entre nosotros y estaba trabajando por entonces en una escenografía con Dalí. Le pedí que si ese señor Lesma existía, le entregara el mensaje en propias manos.

Pocos días después me escribió diciendo: "El café que dices no existe ya. No obstante, le busqué por medio de un buen amigo que es dotado de tus cualidades y te conoce por mis referencias. Cuando tenga noticias te las haré llegar".

Pasaron dos o tres días cuando una mañana fui sorprendido por un sobre certificado de avión. Le abrí rápido al ver su procedencia, y quedé absorto: vi una servilleta de confitería con el membrete de ella, que decía: Café Lyon. La mandaba Victorina Y, sobre ella escrito, decía: "Mira, chico, me tienes aquí anonadada; como verás, la confitería existe. Yo, equivocada, sabes, había buscado el Café León. El señor Lesma existe. La piedra y los jeroglíficos también. Estuve con la comisión de investigadores de platillos. Ellos se reúnen determinadas noches en el subsuelo de este Café. Son la mar de simpáticos. ¡Son fascinantes! Atentos, me han invitado a concurrir a una reunión.

Te imaginarás que lo haré. Estoy enloquecida. Te adjunto una publicación en un principal diario de aquí. Es una página de Lesma, él me la entregó para ti. Hasta pronto".

Después recibí publicaciones de Lesma sobre los "Ummus". ¡Son otra realidad!

*Seres extraterrestres en la Tierra*

—¿Existen seres extraterrestres que vivan en la Tierra y se confundan con nosotros en la vida cotidiana?

—me preguntó en cierta ocasión un amigo aficionado a los fenómenos interplanetarios.

—A mi concepto —le contesté—, existen. Mucho se ha dicho y dice de ellos. Se asegura que en Sevilla (España), los "Ummus", habitantes de un planeta del mismo nombre, allí trabajan, se casan, viajan a su planeta transportando a veces familia nacida en la Tierra, productos y animales.

Tenemos también el caso del señor Sinod, español que vive en Madrid. Una noche recibió telepáticamente un mensaje anunciándole que pronto tendría contacto con un ser procedente de un alto planeta, y así sucedió. Fue en otra noche de noviembre, creo, del año 1966, para más datos fecha 12.

Regresaba hacia Madrid este señor Sinod, después de haber cenado en las afueras, cuando fue de pronto sorprendido con

la presencia de un "platicillo volador", que suavemente descendió frente a su auto, detenido y apagado. Vio que de él bajó un ser alto vistiendo de blanco, el que con brazos abiertos se dirigió hacia el coche, diciéndole en perfecto español: "Señor amigo, yo soy Francisco Atienza, descendiente de un antiguo militar colonizador de América, que vivió hace trescientos años en Argentina. Él, unido con una india, tuvo un hijo y adoptó a una niña india. Cuando estas criaturas quedaron huérfanas, los habitantes de nuestro planeta (llamado Urin) les llevaron. El niño tenía 8 años y la niña 5. Ya en ese entonces en Urin existía una colonia terrestre, viviendo en poligamia, pues sucede que allá, entre ellos, nacen mayor número de mujeres que de varones. Nuestra civilización, señor, es superior a la vuestra. Hablamos telepáticamente y nos comunicamos de esta manera con seres de vecinos astros habitados". Sinod, estupefacto, se aventuró a preguntar de dónde llevaron a los terráqueos.

"Señor, los primitivos fueron llevados de diferentes países salvados de naufragios, terremotos,